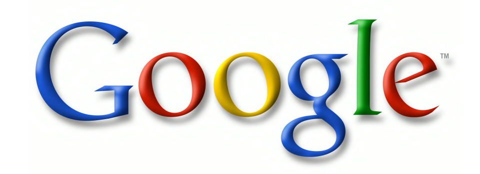

Google


868
L253
dp
1887
A 464573

DON SANCHO EL DE PEÑALEN

LEYENDA TRADICIONAL

DE LA

HISTORIA DE NAVARRA

POR

SANTOS LANDA

SEGUNDA EDICION

PUBLÍCALA

EL EXCMO. SR. D. MANUEL PEREZ DE GUZMAN,

Marqués de Jerez de los Caballeros.



SEVILLA

En la Oficina de E. RASCO, Bustos Tavera 1.°

1887



DON SANCHO EL DE PEÑALEN

Y palmo tras palmo, constante arrancaba
Sus campos y pueblos al árabe infiel.
Mas ¡ay! que esa lucha suspensa se oia
Por guerras civiles de infame doblez,
Que alzaban doquiera con vana osadía
Bastardas envidias de nobles de prez.
Y en esas contiendas algo hay misterioso,
Que tal vez la historia no pudo escribir,
Y que en sus recuerdos guardó cuidadoso
El pueblo que supo por ellas sufrir.
Y de esos misterios, leyendas ó cuentos
Mi pluma inexperta os va á relatar
Aquel cuyos lances parecen más ciertos,
Segun en mi infancia lo oyera contar.

CAPÍTULO I

El castillo de Fúnes.

Sobre las ásperas rocas
De una sierra de granito
Gallardas se levantaban
Las almenas de un castillo,
Que construyeran los moros
Como fuerte fronterizo
Entre el reino de Navarra
Y los árabes dominios;
Y sin duda de atalaya
Debió servir al principio,

Pues eran sus torreones
Tan altos, que cuando el disco
Del sol allá en Occidente
Se sumergia rojizo,
Las sombras que proyectaban
Tendíanse al infinito
Sobre las tierras del llano,
Cual si gigantes dormidos
Fueran, mas prontos á alzarse
De las algaras al grito.
Humildes, sus piés besaban
Las puras ondas de un rio
Que, segun las estaciones,
Ora corria tranquilo,
Ora se alzaba soberbio
Luchando contra el granito
Que su límite formaba
Por el lado del castillo.
Y allá en la extensa llanura,
Que fué mil veces testigo
De algaradas y combates
Rudos como el fanatismo
Que en unos y otros ardia,
Se divisaban altivos,
Dando sombra protectora
Á algun pobre caserío,
Grupos de árboles, sin órden
Por acá y allá esparcidos.
Pavor y miedo inspiraban
Á los pobres campesinos
Aquellos muros de piedra
Que ennegrecieran los siglos,

Y entre los cuales vivia
Un noble de gran prestigio,
Señor de Fúnes y Azagra,
É ilustre por su aguerrido
Teson contra la frontera
De los árabes vecinos.
Era su nombre don Mendo,
De antigua nobleza, rico,
Batallador incansable,
Alto de cuerpo, fornido,
De facciones angulosas,
De carácter muy altivo,
Celoso de sus deberes
Y de sí propio enemigo,
Si de servir se trataba
La causa del patriotismo.
Despues de haber peleado
Mil veces con noble brío,
Arrancando á la morisma
Tierras y pueblos vecinos,
Sin que nunca en esas luchas
Saliera una vez vencido,
Y cuando ya los tratados,
Que el monarca moro quiso
Firmar con el de Navarra,
Reprimieron su albedrío
Para nuevas correrías,
Retirado en el castillo,
Fué de su achacoso padre
El servidor más sumiso,
Hasta que un dia la muerte
Arrebató á su cariño

Al anciano que, orgulloso
De un heredero tan digno,
Con un ósculo de amor
Le trasmitió sus dominios.
Honda pena causó en él
Muerte de sér tan querido;
Mas pasado el primer duelo,
Para confirmar sus títulos
En la corte de Navarra
Presentóse, y recibido
Por el Rey con agasajo,
Confirmado en el oficio
Fué de consejero real
Que su padre hubo tenido:
Y allí tambien del amor
Sucumbió á los dulces filos,
Rindiendo ante una beldad
Riquezas y pergaminos.

CAPÍTULO II

El principio del fin.

Dos años há ya que Mendo
Á impulsos de ciego amor
Hízose tambien señor
De la mano de Mencía,
Mujer de alcurnia tan noble,
Tan rica y tan hechicera,
Que aspirar muy bien pudiera
Á más alta jerarquía.

Y allá, en los primeros meses
De su union apetecida,
Los dos una misma vida
Vivieron; vida de edén,
Donde todo eran caricias,
Todo amor, todo ternura,
Todo dicha y hermosura,
Felicidad, parabien.

Mendo su carácter rudo
Y aquel genio de soldado
Que cien veces ha lidiado
Por su Dios y por su rey
Ante la vírgen depuso
Que tomó por compañera,
Y su voluntad entera
Fué desde entónces su ley.

Atento con sus caprichos
Y sumiso á sus antojos,
Sólo á la luz de sus ojos
Mendo queria vivir;
Y con las frases más dulces
Que el cariño le dictaba
Su ardiente amor expresaba,
Pensando con él morir.

Y ella á ese amor respondia
Con esa mirada intensa
Que es la mejor recompensa
Que dar puede una mujer;

Mirada en que se adivina
Toda el alma, y que revela,
Á pesar de su cautela,
La fuerza de su querer.

Miradas dulces y ardientes,
Miradas que desvarian
Y en que envueltas nos envian
Partes de su propio sér;
Pero que tal vez por eso
El corazon electrizan,
Y tanto nos esclavizan
Que no nos permiten ver

Ni apreciar si ese cariño
Que tan mudo se nos muestra
Es no más ilusion nuestra
Y engaño del corazon,
Ó si es verdad conocida
Que nosotros lo excitamos,
Pues que en nosotros hallamos
Su verdadera razon.

Que en esto y en otras cosas
Los hombres más avisados
Suelen ser más engañados,
Sin duda por su saber;
Y es que á pensar no se paran
En que, cual hija de Eva,
El engaño siempre lleva
Por delante la mujer.

Y así Mendo, satisfecho
Con el amor de Mencía,
Que por nada trocaria,
Fué siendo ménos galan;
Y seguro del afecto
Que ya en ella ha despertado,
Poco á poco fué olvidado
Aquel juvenil afan.

Ya no en las hermosas noches
Del estío calurosas
En pláticas amorosas
Veíaseles gozar,
Ni en las tranquilas mañanas
De la dulce primavera
Solian por la pradera
Ámbos á dos cabalgar.

Ni ya tampoco sus cuitas
Se contaban á deshora,
Buscando en la encantadora
Comunicacion moral
El consuelo de esas penas
Que al corazon estremecen,
Y más pequeñas parecen
Repartidas por igual.

Mendo, frio y orgulloso
De su conducta intachable,
Juzgaba que perdurable
Fuera siempre aquel amor;

Y en sus necias ilusiones
Y su ceguera, no via
Que la frente de Mencía
Iba nublando el dolor.

Porque al casarse, Mencía,
Soñó en la maternidad,
Siendo toda su ansiedad
El poder besar su hijo;
Y á medida que inclemente
El cielo su afan negaba,
Más su deseo aumentaba,
Más era constante y fijo.

Y á impulsos de ese deseo
Que no se satisfacia
Fué perdiendo su alegría,
Fué calmando su pasion;
Y al calmarla entrevió
La diferencia profunda
En que el falso amor se funda
Y el amor del corazon.

Pero digna é incapaz
De faltar á sus deberes,
Jamás cedió á los placeres
De la impura corrupcion;
Ni pensar pudo jamás,
Áun con la mente siquiera,
En olvidar al que diera
Su mano y su corazon.

Y á falta de aquel amor
Tan fascinador y ardiente,
Que la mujer en su mente
Sueña como un ideal,
Concentró todo su anhelo
En las dulces ilusiones
Y las gratas emociones
Del cariño maternal.

Y un dia, galopando en la llanura
Para calmar su agitacion extraña,
Sorprendida quedó ante una cabaña
Cercada de poética verdura,
Y que el sol por Oriente de luz baña.

Aquel retiro dulce y halagüeño,
Hecho tal vez para guardar amores;
Aquel fresco verdor, aquellas flores,
En su alma despertaron vago ensueño
Melancólico en tintas y colores.

¡Ay! exclamó Mencía, ¡cuán dichosa
Concibo la existencia aquí tan bella!
Y no bien lo hubo dicho, presurosa
Vió venir, dirigiéndose hácia ella,
Una mujer tan jóven como hermosa.

—Si quereis descansar, noble señora,
Mi pobre albergue como todo es vuestro,—
Díjole con franqueza labradora;
—¡Qué me agrada, mujer! tened el diestro,
Que ya mis pajes llegarán ahora.—

Y desmontando ligera
Su torda, rival del aire,
Y despues de acariciarla
Entregándola á sus pajes,
Entró en la choza mirando
Curiosa por todas partes;
Y descubriendo una cuna
Que en oscuro rincon yace,
—¿Teneis un niño?—exclamó
Á la cunita acercándose.
—Y es hermoso. Se os parece.
¿Sois su madre? ¿Tiene padre?—
Y todas estas preguntas
Con tal sencillez las hace,
Que la aldeana sonreia
Con malicioso donaire.
—¡Oh, qué dicha debe ser
Tener á su lado un ángel!
¡Y es tan rubio! ¡Qué guedejas
Y qué boquita! Llevadle
Muchas veces al castillo;
Ya verás cómo he de amarle
Casi tanto como tú;
Porque ¿tú serás su madre?
—Nó señora, no lo soy;
Yo no hago más que criarle.
—¿Pues, y su padre quién es?
—Lo ignoro, aunque su linaje
Muy ilustre debe ser,
Porque estando yo una tarde
Á la puerta de esta choza,
Llegaron, para intimarme

Que les siguiera, dos hombres
Cuyo aspecto y ademanes
Á cortesanos olian:
Yo no supe contestarles
Y les seguí silenciosa;
Ellos marchaban delante,
Y así llegamos al pueblo
Vecino, donde hospedaje
Tenian ya preparado:
Allí, otro señor á hablarme
Se llegó y me dijo: «El Rey,
Cuya existencia Dios guarde,
Escogeros se ha dignado
Para que sirvais de madre
Á este niño, á quien la muerte
Quiso la suya quitarle.»
Gozosa acepté la oferta,
Diéronme dinero y parte
Del ajuar que veis aquí,
Y que tal vez os extrañe.
—En efecto.... ¿Y hace tiempo?
—Hace dos años cabales.
—¿Estarás contenta?
—Mucho.
—¿Y le querrás?...
—¡No he de amarle,
Si cuando le miro pienso
Que el Cielo, por consolarme,
Al hijo de mis entrañas
Ha encarnado en este ángel!
—Bien, bien.... ¿y dices que el Rey
Es de aqueste niño el padre?

—Señora, yo no lo sé.
—Bueno; pues á visitarme
Vendrás con él al castillo:
Esta sortija ha de darte
El paso franco hasta mí;
Y adios, que va siendo tarde.—
Despidióle la aldeana,
Sonriéronse los pajes,
Montó Mencía en su torda
Y partieron al escape.

CAPÍTULO III

Una escena conyugal.

Era de otoño una apacible tarde,
De aquesas que por raro maleficio
Y sin saber por qué nuestra alma llenan
De pesar melancólico y tristísimo.
Mencía, como siempre, contemplaba
Desde alto mirador el ruin camino
Que á la pobre chocita conducia
Desde el soberbio secular castillo,
Escudriñando con afan ansioso
Los oscuros repliegues, por do el niño
Al pasar, con sus tiernas manecitas
Un beso le mandaba agradecido.
Allí, despues de verle, quedó inmóvil,
El ambiente aspirando vespertino,
Y entregándose á tristes pensamientos

Ó quiméricos vanos desvaríos,
Cuando sintió los pasos de don Mendo,
Que acercándose á ella, esto le dijo:
—¿En qué pensais, Mencía?
—¡Ah! ¿en qué pienso?
Ahora, sin mentir, puedo deciros
Que pensaba en mil cosas y en ninguna.
—Y entre esas cosas, añadió sombrío,
¿No habia una que á mí se pareciera?
—Si vos no lo dudais, ¿á qué decirlo?
—Yo lo dudo, Mencía, porque há tiempo
Que vivo receloso é intranquilo;
Negros ensueños mi desdicha aumentan,
Mi pensamiento es vano desvarío,
Y en la lucha tenaz que con él tengo
Ni un punto de reposo he conseguido.
Anidan en mi pecho amargos celos,
Que en él buscaron sin razon abrigo;
Pero son celos de sombras y fantasmas,
Con quienes lucho en vano. ¡Mi destino
Ya sé que así lo tiene decretado,
Y fuerza es sucumbir á lo que ha escrito!
—Celos teneis, señor, aunque ideales,
Y malos consejeros siempre han sido
Los celos, sobre todo mal probados;
Mas decidme, señor, ¿quién ha leido
Ese fatal horóscopo que guarda
Tan negro porvenir?
—Un adivino
Que tiene justa fama en la comarca.
—Será un sabio ingerto en pergamino,
Y sin duda por eso tanta ciencia

Guarda entre sus arrugas. ¿Es judío?
—Ignoro si lo es; mas sé que es sabio
Y que no tiene arrugas.
—¿Y os ha dicho?...
—Que es mi estrella más negra que la noche,
Que conmigo se acaba mi apellido,
Que no tendré un momento de reposo,
Que he de vivir errante y fugitivo,
Llevando en pos de mí, doquier que vaya,
La nota de traidor y de asesino.
Tal es mi suerte ruin; mirad, Mencía,
Si en algo la aliviais: os lo suplico,
Pues no puedo vivir con tanta pena.
—¿Y es posible, señor, que deis oidos
Á esos sabios de pega, que en secreto
Preparan un conjuro ó maleficio
Para saber el porvenir ajeno?
Si él mismo desconoce su destino,
¿Cómo pensar podeis que en las estrellas
Ni el vuestro ni el de nadie haya leido?
Esas quimeras desechad; son falsas.
—Y si yo te dijera que te he visto
Por el espejo mágico una tarde
En tu regazo acariciando un niño,
Y al Rey cerca de tí, pero muy cerca,
Colocando en tu dedo aquese anillo,
¿Qué podrias decir en tu defensa?
—Que sin querer, cediendo á un egoismo
Que nada justifica, os he ocultado
Lo que há tiempo debiera haberos dicho.
Escuchadme, señor, pero con calma,
Pues de ella en mi relato necesito:

Un dia, paseando en la pradera,
Una choza encontré; en ella un niño
Y una pobre mujer que le cuidaba;
Era rubio y hermoso; vos un hijo,
Como yo, deseábais, y la idea
De prohijarle acarició mi espíritu:
Su historia me contó, y como imposible
Juzgué ya mi deseo; el Rey mismo
Á su guarda le habia confiado:
Vos estábais ausente del castillo,
Y entretanto podia acariciarle,
Y aquí le hice traer; despues le he visto
En su chocita, alegre sonreirme,
Á quererle llegué como hijo mio,
Y á impulsos de tan noble sentimiento
Le consagré con ánsia mi cariño.
Una tarde, cual todas, satisfecha
Mi niño acariciaba, y sin sentirlo
Sorprendida me ví por la presencia
Del Rey, que me observaba embebecido.
«—¡Qué me place, señora, el encontraros
En grata ocupacion, cortés me dijo,
Pues que nada hacer pueden las mujeres
Mejor que acariciar á nuestros hijos!
—¡Ah! señor, perdonad; vos sois su padre,
Le dije, y sois mi rey, y no he debido
Usurpar á su madre tanta dicha
Sin ántes obtener vuestro permiso.
—¡Oh! no tal cosa imagineis, señora,
Veros así me place; mas ¿quién dijo
Que yo sea su padre? Tal aserto
Nadie afirmarlo debe; ni yo mismo.

Y ahora, respondedme: ¿por qué causa
Hoy me encuentro con vos en este sitio?
Nunca hasta ahora os ví.
—Há poco tiempo
Que aquí á buscar consuelos he venido,—
Le dije, y le conté todas mis ánsias
Y este crüel abrumador fastidio
En que vive una dama, que obligada
Se ve á habitar en lóbrego castillo;
Díjele que al saber que era tan alta
La esclarecida estirpe de aquel niño,
Educarle pensé cual convenia
Al lustre de su cuna y su apellido.
Cortés agradecióme mis deseos,
Y me dijo:—Señora, os asigno
Facultades de madre, y podeis serlo
Del que desde hoy considerais como hijo.
Cuidadle como ahora le cuidábais,
Y de él me respondeis; aqueste anillo
Tomad, y si un dia os presentaren
Otro como él, devolveréis el niño:
Entre tanto, jamás.» Con esto fuese,
Volvió al dia siguiente á ver su hijo,
Repitióme de nuevo su mandato,
Y aquí teneis, señor, lo sucedido.
Ahora, castigadme si hay ofensa;
Pero si no la hubiere, humilde exijo
Me devolvais, don Mendo, vuestro afecto,
Único bien á que en mi vida aspiro.
—Tu franca relacion creo sincera
Porque creer en ella necesito,
Pues no sabes qué horrible es la existencia

Cuando falta la fe que se ha perdido,
Ni puedes suponer los increibles....
Mas, perdona, no sé lo que me digo,
Ni cuenta puedo dar de lo que siento.
—Calmaos, mi señor, vos lo habeis dicho:
Eso no es más que exaltacion, quimeras,
Que un dia acariciásteis sin sentirlo
Y hoy os cuesta trabajo el olvidarlas;
Volved á vuestra fe y á mi cariño.
—Tienes razon; y desde ahora, en prueba
De que no queda sombra ni vestigio
De esa duda crüel, solemnemente
Á que cuides del niño te autorizo
Y le traigas aquí, y en tu regazo
Encuentre el infeliz mejor abrigo
Que en la mísera choza donde vive.
—¡Oh! gracias, mi señor....
—Nó; tu marido,
Que merced al influjo de tus frases
Siente latir su corazon tranquilo.

CAPÍTULO IV

Guta cavat lapidem.

Desde la escena anterior
Seis meses han trascurrido,
Y como era natural,
En fuerza de ver al niño
Doña Mencía le quiere
Como si fuera su hijo;

Y el niño, que en ella encuentra
Sólo caricias y mimo,
Le quiere como á su madre,
Y hasta en ese primitivo
Lenguaje tan propio de ellos
La llama así el pobrecito.
Don Mendo hace mucho tiempo
Está por ello intranquilo,
Pues á vulgares hablillas
Celoso ha prestado oidos;
Y como nunca descansa
El que huir su dicha ha visto
Por causa propia ó ajena,
Sobre todo si es marido,
Mendo á solas con Mencía
Así entre serio y festivo,
Causas ocultas buscando
Á un afecto tan sencillo,
Dos veces la ha interrogado,
Y Mencía ha respondido:
—Pues que por mi mal sin duda
Me ha negado el cielo un hijo,
Vos no debeis extrañar
Que yo ese afecto tranquilo
Y dulce se lo consagre
Á un sér tan inofensivo,
Pues á la mujer casada
Ni el amor de su marido
Ni su apellido la basta;
Para ser madres nacimos,
Y en serlo sólo ciframos
Nuestra ventura y capricho.

Y cuando así no sucede,
Y hay amor sin haber hijos,
La mujer los busca ansiosa,
Pues sabe que, concluido
El amor que los formó,
Ellos nos dan un resquicio
Por donde poder mirar
La felicidad que ha huido,
Y que fué de nuestros sueños
Juveniles el estímulo.
Estas ó iguales razones
Mendo entre celoso y tímido
Ha escuchado caviloso,
Pues aproximarse ha visto
Ese tormento sin nombre,
Ese increible martirio
Que dos seres que se aman
Sufren por ese amor mismo,
Cuando no hay lazo que estreche
El dogal que los ha unido.

Y despues que ha contrastado
La fuerza de estas razones,
Y buenas las ha encontrado,
Sin sentirlo, subyugado
Se ve por negras pasiones.

Aquel carácter entero,
Franco, generoso y noble,
Va siendo ya tan artero,
Tan suspicaz, y tan doble,
Que no cree verdadero

Ni el cariño de su esposa,
Ni el amor de sus vasallos,
Ni la enseña, ya gloriosa,
Bajo cuya égida honrosa
Pudo al árabe arrancallos.

Y aquel venerable escudo
Que de su padre heredara,
Y que tanto él realzara,
Lo ve ya en sus motes mudo,
Y ve rota la preclara

Ejecutoria ya ilustre
De su casa y apellido,
Sumergiéndose sin ruido
Como una ciudad *Palustre*
En las aguas del olvido.

Y oye el crujir de cadenas
Y ve, entre negras prisiones,
Su pendon hecho girones,
Y deshechas las almenas,
Y en tierra los torreones

De aquel castillo famoso
Donde su primer abuelo
Ganó en combate glorioso
El primer palmo de suelo
De su patrimonio honroso.

Y tras de tanta quimera
Y alucinacion extraña
De su mente, que exagera,
Ve aparecer toda entera
La escena de la cabaña.

Y perdida la esperanza
Que alimentara su amor,
Sólo ve su deshonor,
Sólo sueña en la venganza
Y en la muerte del traidor.

CAPÍTULO V

Consulta con las estrellas.

Al pié de un fragoso cerro
En donde el águila anida
Vése una torre derruida,
Con una puerta de hierro
Entre maleza escondida;
Puerta cuya cerradura
Rechina de tal manera
Cuando se abre ante cualquiera,
Que parece que murmura
Cual si protestar quisiera.

Mas siempre que se llamaba,
Fuera de noche ó de dia,
En ella, al punto se abria
Ella sola y se cerraba,
Sin duda por brujería,
Dejando ver por delante
Un oscuro corredor,
En cuyo extremo el fulgor
De un farol agonizante
Más que luz daba pavor.

Á sus pálidos reflejos
Apénas se percibian
Unos escalones viejos,
Que á una estancia conducian
Donde, entre varios trebejos
De usos poco conocidos,
Se ven huesos carcomidos,
Frascos, redomas, turquesas,
Hornillos medio encendidos,
Sillas, escaños y mesas;

Y en ancho sitial sentado
Un hombre de adusto ceño
Y semblante demacrado,
Que parece ser el dueño
De aquel recinto endiablado;
En letárgica abstraccion
Sobre un viejo pergamino,
Parece buscar un sino
Con esa intensa ilusion
Tan propia del adivino.

Y cerca de él, á su lado,
Casi en la sombra escondido
Y en un escaño sentado,
Puede verse un embosado,
Al parecer abstraido;
Mas no tanto, que olvidara
Observar con atencion
Lo que el sabio ver dejara
De su atenta reflexion
En los gestos de la cara.

Por eso, al ver su semblante
Cambiando del natural,
Preguntó ansioso:—¿Qué tal?—
Y contestó el nigromante:
—El horóscopo es fatal:
Una estrella en luces rica,
En conjuncion al hallarse
Con Marte, se ve apagarse,
Y esto muerte significa,
Segun mi ciencia lo explica.
La estrella que le acompaña
Medio eclipsada se mece
En la atmósfera que empaña
Su luz; mas luégo aparece
Y con nuevo brillo crece.
—¿De modo que, segun vos,
El Rey al ir á la guerra
Morirá?
—No hay más que Dios
Que los destinos encierra
De los hombres en la tierra.
—Mas la ciencia, que encubierta
En las estrellas del cielo
Está, y al que con anhelo
Las estudia y las concierta
Se revela en este suelo....
¿No es tambien de Dios?
—Sí tal;
Mas el hombre equivocarse
Puede, interpretando mal
Ese libro celestial.
—Pero podrá cerciorarse

De si su cálculo es cierto
Con nuevas indagaciones.
—De los astros el concierto
En las celestes regiones
Es muy vago y muy incierto.
—La discusion ya dejemos
Y á lo que interesa vamos.
¿El Rey muere ó le matamos?
—Creo que buscar debemos
Quien le mate, y acertamos.
—Ese lenguaje me agrada.
¿Puedo confiar en tí?
—Todo para esta jornada.
—Pues en ese caso nada
Tengo ya que hacer aquí.
—Alteza, como gusteis.
—Avisadme lo que pasa.
—Pronto noticias tendréis.
—El dinero, ya sabeis,
Podeis gastarlo sin tasa.—
La puerta el mágico abrió;
El caballero salió,
Y esquivando de la luna
La clara luz importuna,
En la sombra se perdió.

Y despues de aferrar el nigromante
La puerta al interior, así decia:
¡Mísera humanidad! ¿Será posible
Que vivir así puedas muchos años?
Guerras y sangre, destruccion y duelo
Tienen sólo los pueblos por herencia,

Y entre odios y venganzas por envidia,
Sólo el crímen es ley; sólo á la muerte
Se apela por romper nudos extraños
Que tal vez nadie ató. ¡Sarcasmo horrible!
Reyes, pueblo y nobleza, todos juntos
Luchan por una fe que creen santa,
Mas cuyas leyes sin cesar vulneran,
No ya sólo mostrándose soberbios
Ó falsos y falaces y traidores
Perjuros á esa fe y esas creencias;
Sino tambien sacrificando infames
Ante la grey judía, que aborrecen,
Su propia dignidad, su sangre propia.
Sagaces arterías los seducen,
Y creen con la fe de la ignorancia
La pretendida ciencia de los astros,
Que alienta sus pasiones rencorosas,
Que sus vicios encubre con la idea
De ese sino fatal que les preside,
Y á quien culpan cobardes, cuando sienten
De su conciencia el grito amenazante.
¡Pero...! ¿Por qué me quejo?... ¡Necia idea!
Si yo cumplir un fin me he prometido,
¡La sociedad á mí qué me interesa?
Yo he de vengar ultrajes que mi raza
Sufrió de un noble por consejo aciago,
Que el Rey hizo cumplir: si ya no existen,
Sean sus descendientes los que sufran;
Escrito está en mi ley: hasta la cuarta
Generacion recibirá el castigo.
¡Oh, rey don Sancho, y tú, noble don Mendo,
Con qué funesta estrella habeis nacido!

CAPÍTULO VI

El canto de la sirena.

En la calle la Campana,
Junto al atrio de una iglesia,
Resguardados de la opaca
Luz de una vela de cera
Que ardia al pié de una imágen
En la citada calleja,
Dos hombres de no mal porte,
Á juzgar por la apariencia,
Con sigilo conversaban
Junto al quicio de una puerta.
—¿Conque decidido á todo
Se encuentra ya vuestra alteza?
—Tan decidido, que ya
La tardanza me impacienta.
—Ved que el riesgo es grande y mucho
El peligro.
—¡Qué interesa!
Cuando de ambicion se trata
No hay peligro.
—Pero hay mengua.
Vuestro nombre esclarecido,
Vuestra vida, vuestra hacienda,
Todo lo perdeis si sale
Mal la proyectada empresa.
—Nada mi nombre me importa,
Ménos mi vida y hacienda,
Que no hay vida para aquel

Á quien la envidia más ciega
Aprisionó entre sus brazos
Y le ató con sus cadenas,
Devorando sus placeres,
Pervirtiendo sus ideas,
Su voluntad domeñando,
Y haciendo que estéril sea
Esa riqueza en que vive
Y en la que pobre se encuentra.
Tal es hoy mi situacion;
Tal es mi vida.
—Pudiera
Vuestra alteza arrepentirse,
Y convendria que diera....
—¿Alguna otra garantía?
¿No es eso lo que deseas?
¡Pues acaso no he arrastrado
Ante tí ya mi nobleza!
¿Qué más garantía quieres?
—¡Oh, señor! no ha sido esa....
—¿Tu intencion? Quiero creerlo.
Vamos á lo que interesa:
¿Tienes tú ya bien pensados
Todos los medios de ofensa
Que habrás de emplear muy pronto
Para cumplirme tu oferta?
—Todo pensado lo tengo;
Nada faltará.
—Destreza
Puede faltar.
—No hay cuidado,
Porque eso á mi cargo queda:

Escuchad si no mi plan,
Y juzgaréis con conciencia
Si acaso no es acertado.
De celos Mendo se queja
Há tiempo con su mujer,
Y por rara coincidencia
Yo alimentar he podido
Esos celos con cautela,
Miéntras que del mismo modo
Una prenda á la Condesa
He conseguido arrancar,
Para que don Mendo crea
Que es verdad lo que hasta hoy
Sólo ha juzgado quimeras.
Á la vez, unos amigos
Que á Almok Tadir aconsejan
Harán que pronto una algara
Perturbe la paz que reina
Entre el Rey de Zaragoza
Y el que á Navarra gobierna.
Para este caso con vos
Cuento, pues vuestra influencia
Hará que Sancho declare
Rota la firmada tregua,
Y que en seguida se apreste
Para salir á la guerra
En persona: ¿estais conforme?
—Proseguid; de que así sea
Yo me encargaré. ¿Qué más?
—Es muy poco lo que resta:
Una vez recomenzada
La porfiada contienda

Entre el alfanje y la cruz,
Á mi proyecto interesa
Que en el castillo de Mendo
El Rey una noche duerma,
Y que acompañándole
Vaya siempre vuestra alteza,
Llevando á este servidor
Como un criado cualquiera.
—¿Y despues?
—Despues ya nada;
Revisando la frontera
Del árabe, á cada hora
Don Sancho es nuestro, y por fuerza,
Si la fortuna no ayuda
Y tan esquiva se muestra
Para matalle á traicion,
Morirá.
—¿Y en cuanto muera...?
—Vos os venís á Pamplona
Á ceñiros la diadema
Que los nobles os darán,
Porque ninguno sospecha
Podrá tener de que vos
Sois el fra....
—Deten la lengua
Y no acabes la palabra;
Pero, díme. ¿No pudieran
Los nobles pensar muy bien
Que si á mí el daño interesa
Yo puedo ser el fautor
De ese daño?
—¡Oh, quimeras!

Sois su hermano, y como á tal
Os distingue y considera
El Rey, y nadie pensar
Puede de vos tal vileza.
Pero es tarde y no está bien
Que en pláticas nos sorprenda
El alba.
—¿Conque quedamos...?
—En que al ir á la frontera
Don Sancho de ella no vuelva.
—¿Y por tanto la diadema...?
—Vos la ceñiréis, pues yo
No he de haceros la contienda.
—¿Nada más?
—Si algo ocurriere
Le avisaré.
—Con prudencia.
—Descuidad.
—Hasta la vista.
—Que Dios conserve á su alteza.—
Y cada cual se salió
De aquella oscura calleja,
Pensando uno en su venganza,
Otro en la corona regia.

CAPÍTULO VII

Un consejo en palacio.

Un gótico edificio cuyo aspecto
Tiene algo sombrío

Por la parte exterior, pero que encierra
Tras de sus muros de gigantes rocas
Por el musgo teñidas de esmeralda
Riquezas que el heróico ardimiento
De los navarros arrancó en cien lides
Al árabe opulento,
Morada es de los reyes de Pamplona,
Segun dice el escudo
Que la ámplia ojiva del portal corona.
Un patio más mezquino que anchuroso
El paso deja franco á la escalera,
Que en desiguales tramos nos conduce
A un corredor estrecho, donde abiertas
Se encuentran várias puertas,
Que ingreso dan á salas y salones,
En uno de los cuales sus sesiones
El Consejo celebra.
En él, un mes despues de lo que dicho
Dejamos en capítulos pasados,
Varios ilustres nobles, convocados
Sin duda para el caso,
En derredor se encuentran de una mesa,
Que arrastra por el suelo
Su cubierta de rojo terciopelo.
Tan notable asamblea, presidida
Por el Rey en persona, no se ocupa
De asuntos baladís ó cosas leves,
Y así tambien don Sancho lo ha indicado
En frases tan precisas como breves.
«Almuk-Tadin, que ayer pactó una tregua,
Hoy la quiere romper, el Rey ha dicho:
Sus soldados invaden nuestra tierra.

Decid si contestamos con la guerra,
Ó si acaso pedimos
Nuevamente se cumpla lo pactado.
Yo á vuestro sabio acuerdo
Íntegra dejó solucion tan grave.»
Y en efecto, los nobles discutieron,
Cual suele acontecer sin resultados,
Pues eran tantas las várias opiniones
Como el número de ínclitos varones
Que habia congregados.
Entónces el Infante, cuyo voto
Siempre ha pesado mucho en el consejo,
Pues pasa entre los nobles como sabio,
Y el Rey tambien le estima
Porque pruebas ha dado
De que sabe ser jefe y ser soldado,
«Opino, dijo, que ningun acuerdo
Debemos hoy tomar, puesto que faltan
Aquí algunos fronteros
Cuya opinion es justo que se escuche,
Pues son como nosotros consejeros.»
Y todos, aplaudiendo y aprobando
La sábia solucion del sabio Infante,
Se fueron poco á poco retirando.

Y cuando solos quedaron
En la sala del consejo,
Así don Sancho á su hermano
Interrogó:—¿Del suceso
Qué es lo que tú opinas, díme?
—Si he de hablarte sin rodeos,
Te diré que como grave

Este rompimiento veo
Con el Rey de Zaragoza;
Y por eso mismo pienso
Que es preciso que la guerra
Se prepare al punto. Mendo,
Que la frontera conoce,
Debe obtener desde luégo
El mando de Adelantado;
Y sin pérdida de tiempo,
Despues de resuelto el caso
Creo que tú y yo debemos
Pueblos visitar y villas
Que te acorran con dinero,
Que es el alma de la guerra;
Y así verá el moro inquieto
Que si una tregua pactaste
No la pactaste por miedo.
Esta es, Sancho, mi opinion;
Si tienes otra á ella cedo.
—¡Oh! nó, hermano mio, nó;
Yo sé bien que tus consejos
Hijos son de tu hidalguía
Y de tu noble ardimiento
Por el lustre de Navarra
Y el buen nombre que tenemos.
Conforme, pues, con tu plan,
Realicémosle en silencio.
—Sin él sería perdido
El trabajo, y más el riesgo.
—Ahora mismo al de Fúnes
Voy á enviar un mensajero,
Y dentro de cuatro dias

Creo que partir podremos;
Tú cuidas de prepararlo
Todo con algun misterio.
—Puedes descansar en mí.
—Hasta despues.—Hasta luégo.

Salió como yo pensaba.
¡Qué maldita habilidad!
Casi me pesa, en verdad;
Mas ¡que diablo! así se acaba
Esta crüel ansiedad.

¡Pobre víctima inocente!
¡Por qué en mi fatal camino
Te habrás cruzado imprudente
Á impulso de esa corriente
Que me hace ser asesino!

¡Horror me causa y espanto
Esa idea! ¡Es él tan bueno!
¡Me quiere y estima tanto!
Y los dos un mismo seno
Regamos con nuestro llanto.

Y los dos con sencillez
En nuestra tierna niñez
Disputábamos ansiosos
Los abrazos cariñosos
De nuestra madre á la vez.

¡Oh, madre mia! perdona
Si me permito invocarte,
Y me atrevo á recordarte,
Cuando mi conciencia abona
Un crímen que ha de matarte.

Pero ¡Señor, Dios del Cielo!
¿Por qué á mí no me matais?
¿Por qué consentís mi duelo?
¿Por qué de mí no alejais
Ese tan funesto anhelo,

Que me impulsa á mi pesar
Á querer y ambicionar
Esa corona maldita,
Que al crímen me precipita
Sin poderlo remediar?

¿Es esto prueba ó destino?
Si es prueba, ¿cómo vencer?
Si no lo es, ¿por qué vino
Mi conciencia á remorder
Ese torcedor contino?

¡Oh, Dios santo! por la cruz
En que tu Hijo murió,
Mándame un rayo de luz
Para que comprenda yo
Si ese es mi destino ó no.

Y si mi crímen infiero,
Por la misma cruz te juro
No haya monje más austero,
Ni penitente más duro,
Ni santo más verdadero.

Así al Cielo apostrofando,
Á medida que el instante
Del crímen que va fraguando
Se aproxima, está el Infante,
Con su conciencia luchando.

CAPÍTULO [illegible]

El mensaje.

Era una noche lluviosa,
Noche del otoño frío,
Y en una espaciosa sala
De Funes en el castillo.
Alumbrada débilmente
Por el brillo mortecino
De una lámpara de bronce
Más pesada que un delito.
Encontrábase don Mendo
En ancho sitial bruñido
Frente a una mesa espaciosa,
No sé si de roble o pino,
Y en hondas meditaciones
Encontrábase sumido,
Cuando apareció en la puerta
Un paje, y aquesto dijo:
«En nombre del Rey, señor,
Que os envía un pergamino,
Un caballero demanda
Penetrar en el castillo.»
Alzó la vista don Mendo,
Serenó su frente, y dijo:
«Adelante el caballero,
Bajad del puente el rastrillo,
Que cuiden de su caballo
Y guíale aquí tú mismo.»

Marchóse el paje, y don Mendo
Puso su espada en el cinto.
Pasados unos momentos
La puerta abrió el pajecillo,
Y penetró un caballero
Todo de hierro vestido:
Echó mano á su escarcela
Y, sacando un pergamino,
—Tomad, le dijo, señor.
Esta mañana el Rey mismo
Para vos me lo entregó,
Encargándome el sigilo
Y prontitud, y ya veis
Que mi mision he cumplido.
—Está bien, dijo don Mendo,
Y esta noche en el castillo
Descansar podeis si os place.
—Acepto, pues necesito
Que el caballo se reponga.—
Y con aire distinguido,
Al salirse de la estancia
Saludó el desconocido.

Cuando el rudo pisar del mensajero
Ensordeciendo fué con la distancia,
Mendo con aire receloso y fiero
Con su mirada escudriñó la estancia;

Y acercándose al pálido destello
De la luz, que ya apénas alumbraba,
La cera calentó del rojo sello
Con que cerrado el pergamino estaba;

Y en él con negros grandes caractéres
Este breve mensaje leyó escrito:
«En el consejo hay varios pareceres
Y yo de tu presencia necesito.»

Firmado, «Sancho.» Sí, no cabe duda.
Es su letra y su sello; la obediencia
Me prescribe marchar; tal vez se escuda
El Rey en el consejo con mi ausencia.

Su consejero soy y de su hermano
El más constante y verdadero amigo,
Y nunca se tomó un acuerdo sano
Sin que contara el Rey ántes conmigo.

Mas no sé qué fatal presentimiento
Me dice que tal vez es un engaño
Que se urde por quitarme el valimiento,
Ó de mi honor por conspirar en daño.

¡Ah! si fuera verdad, si yo pudiera
Sorprender al infame en su camino,
¡Vive Dios! que luchando pereciera
Ántes de que se cumpla mi destino.

Á todas horas con delirio loco
Fantasma aterrador que me envilece
Sueña mi mente, y con mis manos toco
Una vision que al punto desparece,
Y luégo va tornando poco á poco
Y mi cansancio y mi fatiga acrece,
Luchando con esfuerzo sobrehumano
Con un sér que se escapa de mi mano.

Y la imágen crüel y aborrecida
De un dichoso rival doquiera veo,
Y con ella á mi esposa envilecida
En amoroso y plácido recreo:
Y al hundir en su pecho arma homicida
Con toda la ilusion que da el deseo,
Una mano fatal el golpe quita
Y más terrible mi venganza excita.

Cual ruge el huracan con ronco estruendo,
Cuando azotando el mar su furia aumenta,
Y abre sus senos de pavor horrendo,
En donde gime la fatal tormenta,
Tal rugia de cólera don Mendo
Soñando triste en su menguada afrenta,
Siendo huracan su pecho dolorido,
Furia su mente, odio su sentido.

Trémulo y vago en el recinto toma
Siniestro acuerdo, y se revuelve astuto
Como la fiera que enjaulada doma
Su temerario afan, su instinto bruto;
De súbito se para, y cual asoma
Relámpago fugaz rasgando el luto
Del capuz del vacío, así en sus ojos
Siniestra luz brilló, chispa de enojos.

Más de una vez con la convulsa mano
Su daga acarició y en raudo vuelo,
Fúnebre y loco, meditó en lo vano
De su esperanza, sin hallar consuelo;

Nubes de encono contra el hado insano
Su vértigo forjó, consulta al cielo
Con rabia y frenesí, y ahogarse siente
En un rio voraz de sangre hirviente.

Esta noche será, con tono breve
Mendo exclamó, vistiendo su armadura,
Y ¡ay del traidor ó del infame aleve
Que mancillar pretenda mi honra pura!
Mas ¡ay de ella tambien si es que se atreve
Su tálamo á manchar siendo perjura!
Que á los dos á la vez con mano fuerte
Les abriré el abismo de la muerte.

Dijo, y de la estancia decidido
La puerta abrió con iracundo empuje,
Y en su dintel detuvo el atrevido
Aliento fiero que en su pecho ruge;
Y acallar procurando el sutil ruido
De la armadura, que á sus pasos cruje,
Del castillo salió, jurando fiero
Vengar su honor á fe de caballero.

CAPÍTULO IX

El puente del Diablo.

Por el quebrado, áspero y tortuoso
Camino que en mil curvas guia al llano,
Desde la cima, que corona airosa

El sombrío edificio castellano,
Un bulto se desliza misterioso,
Á quien aspecto da de sobrehumano
La luna, que entre fúnebres crespones
Pinta en el cielo hórridas visiones.

El Ábrego silbaba en són doliente,
La ronca voz del trueno se escuchaba,
Y airado el cielo, su furor creciente
En tempestuosas nubes descargaba;
Al par que por la rápida pendiente
Cubierto de sudor Mendo bajaba,
Ayes lanzando de su herido pecho,
Hijos de su furor y su despecho.

La noche en tanto avanzaba,
Y en su inmensa lobreguez
Ante Mendo presentaba
Mil fantasmas á la vez.

Los misteriosos quejidos
Y las sombras funerales,
Que á los cobardes mortales
Semejan aparecidos;

Esos mil ruidos confusos
Que en la soledad sombría
De una noche oscura y fría
Aterran á los ilusos;

Todo ese mundo infernal
De espíritus y visiones
Que en las oscuras regiones
Se agitan de lo ideal;

Todo ante Mendo pasaba
Cual mortuoria procesion,
Que su mente exageraba
Fascinando su razon:

Y ora en las sombras veia
De su deshonra testigos,
Y furioso perseguia
Las sombras como enemigos;

Ora creia escuchar
Sarcásticas carcajadas,
Que venian á irritar
Sus iras desenfrenadas.

Y luchando como un loco
Con aquel ficticio mundo,
Fué bajando poco á poco
Hasta un barranco profundo;

Y siguiendo su corriente
Tortuosa y embravecida,
Llegó á la entrada de un puente
Que del Diablo se apellida,

Porque, segun tradicion
Que el vulgo cuenta formal,
Allí tiene su mansion
El espíritu del mal.

Mendo al cruzarlo sintió
Mortal angustia y recelo,
Y en vez de llamar al cielo
Á Satanás invocó.

Y miéntras que las montañas
Su invocacion repetian,
En su cerebro bullian
Las ideas más extrañas;

Y afligido con sus males,
Lanzando espuma su boca,
Sobre el borde de una roca
Presa en ásperos jarales,

Su cuerpo al desden inclina,
Duerme el pensamiento impío,
Miéntras el ancho vacío
El relámpago ilumina.

Eco de su corazon
Es del trueno el estallar,
Que refrena á su pesar
El volcan de su pasion:

Y ora en la desnuda piedra
Se aflige su amargo seno,
Y el sordo compás del trueno
Su audaz espíritu arredra,

Ora fatídico escucha
Voces que auguran su mal,
Ora su estrella fatal
Ve con su destino en lucha.

Y al contrastar la rudeza
De su martirio iracundo,
Siente que vacila el mundo
Y se inflama su cabeza.

Que ni el horror de los cielos
Ni el más sangriento martirio
Dejan atrás el delirio
Y la fiebre de los celos.

Tal era la situacion
Del pobre Mendo, y tal era
Su acerba locura fiera,
Que movia á compasion.

De súbito, más profundo
Cóncavo trueno estallando,
Se fué en las rocas quebrando
De aquel apartado mundo.

Y junto á Mendo la extraña
Figura de un sér se alzó,
Que entre los riscos pasó
Como el viento en la montaña.

«Íñigo, exclamó al instante
El siniestro aparecido,
No temas, el Diablo ha sido
Tu invocacion palpitante.

Aquí me tienes: levanta
Tu espíritu de esa roca;
No jures, sella tu boca,
Mueve tu aterida planta.

Égida tuya es mi ley;
Serénate, ven conmigo;,
Quiero que seas testigo
De la perfidia de un Rey.»

Calló el Diablo, y como á impulso
De una eléctrica corriente,
Mendo se alzó de repente
Con nueva vida y más pulso.

Y sin replicar vocablo
Echó á andar con paso lento,
Movido por el aliento
Del espíritu del Diablo.

CAPÍTULO X

La vision.

Bajo la dentada almena
De un castillo que corona
La cima de un alto cerro
Vestido con anchas rocas,
Y junto á la gran poterna
Que ferrada en cobre asoma
Entre los pardos torreones
Que al edificio aprisionan,
Paró Mendo, miéntras rápido
Da vueltas á la redonda
Como el Ábrego sañudo
Lucifer entre las rocas:
De súbito corre y llega
Al lugar donde con honda
Melancolía don Mendo
Yace inerte, y dice en ronca
Voz, que retumba fatídica
Por la extension escabrosa:

«Ya llegó el solemne instante
De presenciar tu deshonra;
El Rey se acerca al castillo;
Maldice, Mendo, á tu esposa.»
Calló Satanás, y como
Mentida pared que forma
El blando musgo en la vega,
Así el murallon se torna,
Abriendo en el duro risco
Profunda entrada á la pronta
Inspiracion del demonio,
Que detrás de Mendo toma
El camino, dirigiéndose
Á la puerta milagrosa
Que conducia al castillo
Entre montones de rocas,
Filtrándose como en árido
Terreno invisible gota,
Y como en brillante espacio
Se disipa fugaz sombra.
Y cruzando corredores
Y atravesando mazmorras,
Y subiendo por escalas
Talladas en piedra tosca,
De un aposento á la puerta
Llegaron, por cuyas rotas
Mal ensambladas maderas
Pudo ver Mendo á su esposa,
Que sentada junto al Rey,
Á hablar así le provoca:
«¿Decís que yo no comprendo
Vuestro cariño, señora?

Porque lo comprendo mucho
Contradeciros me toca,
Aunque es poco cortesano:
Pero vos sabeis de sobra
Las razones que me obligan,
Todas ellas poderosas,
Y vos misma me habeis dicho
Que con Mendo mil zozobras
Pasais por ese cariño;
No querais, pues, ser tan loca,
Que cuando á mí de su madre
Guardar el nombre me importa,
Vayais vos con vuestros actos
Á lastimar vuestra honra.»
—¡Ira de Dios! dijo Mendo
Despertándose en la roca
Y requiriendo su daga.
—Señor, señor, os sofoca
La maldita pesadilla.
—¡Ah, Gimeno; pero loca
Pasion sin duda me exalta!
¿Dónde estoy? ¿Do estaba ahora?
¿No has visto tú dos amantes?
¿No escuchaste mi deshonra?
¡Oh! ¿Dónde están?... Quiero verlos.
Quiero matarlos....
—La cólera,
Hija de vuestro delirio,
Os ciega aún. No hay tal cosa.
Estais con vuestro escudero,
Y marchais hácia Pamplona;
Habeis descansado aquí

Breve espacio, y os trastorna
Sin duda el sentido el sueño;
No hay amantes ni hay deshonra,
Ni yo he visto nada de eso.
—¡Será la ilusion diabólica!
¡Pero.... si yo los he visto!
¡Mas!... tengamos calma. Corta
Habrá sido la parada,
Gimeno.
—Un par de horas
Hará que hasta aquí llegamos,
Y para dar á la torda
Algun descanso, quisísteis
Sin duda sobre esta roca
Dormir un ratito.
—¿Y tú?
—Yo me acosté á vuestra sombra;
Es decir, á vuestros piés.
—Y escuchaste y viste toda...?
—Nada escuché, nada he visto,
Pues desperté cuando en bronca
Voz gritábais: ¡Ira! ¡Cielos!
Y vuestra mirada torva
Parecia que buscaba
Un enemigo á quien honda
Hundir la daga en el pecho.
—Sí.... yo soñé.... (Punto en boca,
Que no es prudente fiar
Á nadie secretos de honra.)
En fin.... vamos.
—¿Hácia dónde?
—¿No lo sabes? Á Pamplona.

CAPÍTULO XI

La razon y la pasion.

Del palacio rëal en una estancia
Habita don Ramon, del Rey hermano,
Y hácia ella don Mendo se encamina
Del consejo al salir con tardo paso.
«Sin duda fué ilusion (iba diciendo);
No puede ser el Rey; escudriñado
Le ha mi vista perspicaz, y nada,
Nada en él he leido que en mi daño
Sea: mas ¿quién sabe? Algunas veces
Tanto se mira, que se ciega al cabo;
Y yo los hilos tengo de una historia,
Que ignoro si me atañe, aunque extraño
No debo ser del todo á tal asunto,
Cuando mi nombre en él anda mezclado.
. . . .
El Rey en mi castillo va á hospedarse;
Tal vez con eso mi deshonra labro,
Entretanto que honrado me suponen
Porque el consejo á mi incansable brazo
La guardia confió de la frontera;
Y aunque ese es gran honor, ¿si por acaso
Un pretexto no más fuera, y tranquilo
Al ir á pelear, el paso franco
Dejara á mi ignominia.... quién lo duda

Que á pensar doy lugar de que he trocado
El nombre y el honor que ya tenía
Por otro nombre con mi honor comprado?»

. . . .

Asediado por esta recelosa
Pasion, más negra que el oscuro cielo
En noche huracanada y tempestuosa,
Mendo llegó con delirante anhelo
Á una cámara oscura, silenciosa,
En donde presa de crüel desvelo,
Que se trasluce en su mirada ansiosa,
El infante Ramon se encuentra solo,
Falsía acariciando, muerte y dolo.

Siniestra idea, que nubló su frente
Y el volcan de su pecho ha enardecido,
Tenaz trabaja en su cerebro ardiente,
Mostrándole su plan ya bien hurdido
Y el recuerdo evocando allá en su mente
De reyes que tambien han perecido
Víctimas del puñal que sangre hermana
Levantó de ambicion en ánsia vana.

Y aunque tales ideas su impaciencia
Parecen ya calmar, pronto irritado
Oye alzarse la voz de la prudencia
Que le dice: «Es verdad; mas se ha cambiado
Tambien en torcedor de la conciencia
El crímen para el pobre desdichado
Que á su paz prefirió, que nada abona,
La terrible inquietud de la corona.

Y verdad es tambien que nunca el crímen
Suele impune quedar en este mundo,
Pues áun aquellos que el castigo eximen
Llevan consigo el torcedor profundo,
Bajo el que siempre esclavizados gimen;
Pues trueca en llanto acerbo y sin segundo
Lo que el vulgo quizá juzga ventura,
Siendo máscara sólo de amargura.»

Mas del Infante la pasion, que pugna
Para no sucumbir á estas razones,
Así decia: «Habrá sin duda alguna
Un torcedor que nuestro pecho roe;
Pero es dulce reinar, grato es el cetro
Que un pueblo grande en nuestras manos pone,
Y es glorioso alcanzar que las historias
Al porvenir trasladen nuestro nombre.
De régia estirpe soy, me siento grande,
Late en mi pecho la ambicion más noble;
¿Por qué no he de reinar? ¿Por qué si puedo
No he de ilustrar con indeleble mote
El escudo ya ilustre de mi casa,
Y el de este pueblo grande pero pobre?
¿Qué es preciso vencer en esta lucha?
¿Quién á mi noble aspiracion se opone?
¿Un monarca? ¿Un hermano? ¡Cielo santo!
¿Debo yo ser traidor? Ó aunque me ahogue
Esta pasion con que violento lucho,
¿Deberé ser vasallo? ¿El rey no es hombre
Á quien el pueblo su destino entrega,
Para que él le engrandezca y le mejore?
Pues si yo á mejorarle estoy resuelto

Y cuento para ello con más dotes
Que las que tiene el Rey, ¿por qué vacilo?
¡Es que mi sangre por sus venas corre!
¿Y acaso del prestigio de esa sangre
No he de ser guardador cual de mi nombre?
¿Á qué, pues, tanta lucha? ¡Huid, quimeras
Necias y vanas; mi razon conoce
Que no puede ser crímen lo que cree
Que es un deber; y aunque con él malogre
Tal vez mis halagüeñas esperanzas,
Cumpliré mi destino sin temores.»

CAPÍTULO XII

Una aventura de amor.

Una calle, una casa
Y un cuento que en ella pasa.

En una pobre calleja,
De otra más ancha vecina,
Más que verse se adivina
Una carcomida reja
En la casa que hace esquina.

La casa tiene una puerta
Muy pequeña y muy escasa
Que nadie jamás vió abierta,
Porque dicen que la casa
Ha estado siempre desierta.

Y como nadie la habita
Ni hay quien la compre ó la venda,
Esto hace que el vulgo entienda
Que aquella casa maldita
Es del Diablo la vivienda.

Y como á tal la conjuran,
Y no hay dueña ni doncella,
Ni galan de los que juran,
Que no tiemble si le apuran
Á pasar por cerca de ella.

Que es fama que un hombre un dia
Que á entrar en ella apostó,
Y hasta la puerta llegó,
Sin decir «¡Vírgen María!»
Muerto en el umbral quedó.

Y el vulgo (siguiendo el cuento)
Diz que en aquesa calleja,
Y junto á esa pobre reja,
Paróse por un momento
Una noche una pareja;

Y despues de platicar
Con muy prudente sigilo,
Un beso se dejó sonar,
Y de este diálogo el hilo
Pudo el curioso enhebrar:

—«Esta casa guardará
Secreto de tus amores,—
Dijo el hombre.—Bien está.
Lo mismo aquí que entre flores
Mi existencia pasará,

Con tal me vengais á ver
Y á tratar de nuestro amor, —
Díjole ella con rubor.
—Nada tienes que temer.
—Beso vuestros piés, señor.»

Y desde esa noche oscura
Casi todas á deshora
Penetra con gran presura
Un galan, cuya apostura
Es gallarda y seductora.

Y así pasaron los dias
Y pasaron las semanas,
Y cuando el galan venía
Se cerraban las ventanas
Miéntras la puerta se abria.

Cuando una noche, no escasa
De lluvia, entre otros ruidos,
Alguno que cerca pasa
Diz que oyó dentro la casa
Unos ayes doloridos;

Luégo la puerta se abrió
Y un hombre salió embozado
Conduciendo con cuidado
Un bulto tan animado,
Que por la calle lloró.

Y se hicieron comentarios
Sobre el extraño suceso,
Y hubo pareceres varios,
La menor parte de peso,
La mayor imaginarios.

Pero el tiempo, gran consuelo
Del que apénas siente el daño,
Hizo que al cabo de un año
Se olvidara al rapazuelo;

Hasta que despues de tres
Otra noche un embozado
Así hablaba con cuidado
De la casa y reja al pié:

—«Ya sabréis, bella Jimena
Que á la guerra he de partir,
É inútil será os decir
Que esto me causa honda pena:

Pues no sé yo, por mi fe,
Qué triste y fatal acento
Me dice en este momento
Que á veros no volveré.

Y no es que me cause espanto
La muerte, nó, ¡vive el cielo!
Es que el hijo de mi anhelo
Viene á aumentar mi quebranto.

Vos sabeis cuánto le adoro
Y cómo negra fortuna
Alejó de mí su cuna,
Que aún alejado lloro.

Y sin duda de ese llanto
Al riego, ya mi cariño
Por ese inocente niño
Ha crecido tanto, tanto,

Que aunque peligroso sea
El dar ciertos testimonios
Cuando median matrimonios
Cuyo honor tal vez se afea,

Yo, para que el mundo entienda
Que por mio le prohijo,
Quiero dejar á mi hijo
Una parte de mi hacienda.

Con ese fin, de Esquirós (1)
El lugar (cabe Pamplona)
Hoy el rey Sancho le dona
Para él y para vos.

Allí deberéis guardarle
Hasta mi vuelta; y si muero,
Como noble y caballero
Procurad el educarle.

De Fúnes en el castillo
Se hospeda, y á recogerle
Debeis ir; para traerle
Tomad, Jimena, este anillo.

Con él, aunque no le cuadre,
Pues es grande su cariño,
Dará la Condesa el niño
De que hasta hoy ha sido madre.

---

(1) Esquirós, hoy Esquiroz, distante una legua de Pamplona, fué donado por D. Sancho, segun consta de los datos recogidos por el ilustrado comentador Sr. Yanguas. Más tarde, en tiempo de Cárlos I, fué teatro de la batalla que se libró en sus campos y los de Brabatain contra los franceses.

Yo mañana, si otra cosa
El Cielo no ha decidido,
Besaré al hijo querido
De nuestra union amorosa;

Y al besarle, yo os lo juro
Que lo he de hacer en memoria
De aqueste amor, que la historia
Dirá que fué amor perjuro.

Mas no importa; que el amor,
Cuando se arraiga en el alma,
Aunque nos robe la calma
Y sea atroz torcedor,

Deja en cambio dicha inmensa,
Y esos afanes prolijos
Que se sienten por los hijos
Con mil sobras recompensa.

Mas veo os estoy hablando
Tonterías, que de sobra
Sabeis, y vuestra zozobra
Con ellas voy aumentando.

Perdonad, pues, mi Jimena;
Mas, si habia de partir,
Era preciso cumplir
Con lo que el deber ordena.

Adios, pues, y dadle amor;
Ved que es todo mi tesoro.
—¿Dudais de que yo le adoro?
Decídmelo por favor.

¿Pensais que no le he de amar
Porque tarde lo prohijo?
¡Señor, pues si es vuestro hijo
Y en él os voy á adorar!

—¡Oh! gracias, Jimena; adios,
Que más escuchar no puedo,
Porque sin fuerzas me quedo.
—Adios, Sancho mio; adios.»

. . . .

El galan salió llorando,
La mujer se desmayó,
Y un hombre se fué alejando,
Que entre la sombra escuchando
Toda esta plática oyó.

CAPÍTULO XIII

Las garras de la sirena.

En el castillo de Fúnes
Todo es ruido y algazara
Y voces y confusion
De los que á gritos se llaman:
En el patio cien corceles
Faltos de paciencia piafan
Demandando su sustento,
Pues fué larga la jornada.
Escuderos y soldados,
Pajes de servicio y casa

Andan de aquí para allí
Y unos suben y otros bajan;
De vez en cuando se escucha
Alguna voz atiplada,
Perteneciente á una dueña
Que las órdenes traslada
Con ese énfasis tan propio
De aquel que aunque sirve manda;
Y los corredores altos
Resuenan con las pisadas
De hombres vestidos de hierro,
Que al rey don Sancho acompañan,
Formando lo que hoy llamamos
Su servidumbre más alta.
En tanto el Rey y el Infante
Con don Mendo en una estancia
Lujosamente vestida
De sus fatigas descansan,
Al par que tambien arreglan
El plan de la antecampaña;
Y ya conformes en todo,
Y siendo la hora llegada
De la cena, al refectorio,
Donde al Rey todos aguardan,
Encaminaron sus pasos;
Y aunque la etiqueta marca
Cierto silencio y respeto,
No fué tanto que dejaran
De contarse ciertos lances
Y algunas burlescas chanzas,
Tan propias de los que siempre
Tienen su vida jugada

En el azar de la guerra;
Y allí la noche pasaran
Refiriendo más historias,
Si no es que al dar la campana
La hora del cubrefuego
Así don Sancho les habla:
«Caballeros, decidido
Habemos el que mañana
Partamos á recorrer
La frontera, donde amaga
El moro, y podria ser
Que tuvieran las espadas
Que hacer oficio de lenguas.
Para ese caso nada
Necesito aconsejaros;
Sois navarros, y Navarra
En vuestro valor confia
Miéntras llegan las mesnadas
Que los nobles y las villas
Á toda prisa preparan;
Entretanto, mucha union,
Obediencia y confianza.»
Dijo; y retirándose,
Respetuosos le acompañan
El infante don Ramon
Y el castellano de Azagra:
Y despues de saludar
Á la Condesa, que aguarda
Impaciente la visita,
Ya de antemano anunciada,
Tras de plática muy breve
Fuése cada uno á su estancia.

Todo quedó en silencio en el castillo,
Pues ni áun se oye el andar del centinela
Que sobre el muro vela
Vigilando el rastrillo.
Mendo tan sólo, á quien los celos privan
El gozar de la calma y el reposo
Del sueño venturoso,
Pues sin duda se avivan
Los celos con las sombras, desvelado
Midiendo está con pasos desiguales
La estancia, y por fatales
Presagios aterrado.
En situacion tan poco lisonjera
Encuéntrase tambien en su aposento
Con el oido atento,
Como quien algo espera,
El Infante, que víctima parece
De tenaz pesadilla inoportuna,
Pues sin razon alguna
Se agita y estremece;
Miéntras en el pasillo, precavido
Sus plantas mueve un bulto misterioso,
Que cual reptil celoso
Se desliza sin ruido.
Y así avanzando, llega hasta una puerta
En la cual busca ansioso algun recuerdo,
Y que de prévio acuerdo
Dejó el Infante abierta.
Por eso, al escuchar el leve roce,
—¿Cómo el que llega, preguntó, se nombra?
Y contestó la sombra:
—Señor, ya son las doce.

—Adelante, Jacob, mas con sigilo.
—Con él vengo hace una hora; no hay cuidado.
—¿Qué nuevas traes?
—Todo preparado
Queda para mañana. Yo vigilo,
Por si algo extraño suceder pudiera;
Vos, procurad descanso, pues al alba
Despertará la gente de escalera,
De cuya lengua vil nada se salva,
Y no es grato sonido para el sueño
El eco de su voz murmuradora.
—¡El sueño, el sueño! mágico beleño
Que aduerme la conciencia acusadora,
Pero que huyó de mí desde el instante
Que en el crímen pensé que hoy me estremece.
—Esa es la oscuridad, que hace gigante
Lo que despues la luz empequeñece.
¡Ah! sí, tienes razon; pero yo siento
Que algo así como miedo me atormenta.
—¡Miedo un guerrero de tan gran aliento!
¡Miedo, señor, cuando el peligro aumenta!
Lejano estaba, y de valor alarde
Hacíais.
—Basta ya, que aunque tuviera
Que luchar con el Diablo, yo lo hiciera
Antes de que me llames tú cobarde.
¡Criminal ambicion! ¡Fatal legado,
Que he de cumplir sin exhalar mi queja!
—¿Quereis saber el plan ya combinado?
—Nada quiero saber; en paz me deja.
—Pues entónces, señor, yo me retiro.
—Véte, sí, tu presencia me amilana.

—Si os parece bien, algun respiro
Daremos al asunto.
--Nó; mañana.

CAPÍTULO XIV

Crímen y expiacion.

Era una de esas mañanas
Fria, triste y nebulosa
La en que don Sancho, seguido
De la gente que le escolta,
Descendia del castillo
De Fúnes por la ancha roca
Que de base le servia,
Dirigiendo su derrota
Despues por aquellos llanos
Que el Ebro anchuroso borda.
Preocupado va el Rey,
Y á la verdad su congoja
Nadie extraña, pues que saben
Que deja un hijo que adora,
Y tal vez no vuelva á ver,
Pues la guerra no perdona
Ni juventud, ni riquezas,
Ni nobles ejecutorias.
Á su lado, más sombrío
Que nube tempestuosa,
Marcha el infante Ramon;
Y como guarda y custodia

De los dos, vése á don Mendo,
En cuyas miradas torvas
Parece que se adivina
Algo siniestro que ronda
Tenaz en su pensamiento.
Así, al cabo de dos horas
De caminar en silencio,
Á la márgen arenosa
Llegaron del caudaloso
Ebro, y cerca de la roca
Que dominaba de Azagra
El pueblo, amenazadora.
—Si quereis subir, señor,
Aunque la cuesta es penosa,
Desde esa peña podréis
Apreciar mejor en toda
Su extension el plan de ayer.
Mirad; por aquí se toma
El camino y, aunque malo,
Es la subida más corta.
—Ya sabes, amigo Mendo,
Que á tí de derecho toca
La direccion de este viaje.
—Entónces, aquí la escolta
Descanse miéntras subimos.
—Sea lo que tú dispongas.
—Pues en marcha.—Y en efecto,
Con trabajo á la escabrosa
Cima por fin arribaron;
Y en un momento que á solas
Don Sancho y Mendo se encuentran
Junto al borde de la roca,

Sujetándole con fuerza
Mendo, así al Rey apostrofa:
«Creísteis, mal caballero,
Que el respeto á la corona
Iba á cegarme de modo
Que no viera mi deshonra,
Pero os habeis engañado;
Y si fiado en la propia
Vanidad atropellásteis
Con insensatez bien loca
Lo que los hombres respetan,
Lo que las leyes sancionan,
Lo que Dios mismo fundó,
Pues su bendicion le otorga,
Yo, rey don Sancho, en el nombre
Del Dios que en el Cielo mora,
Á la muerte te condeno
Por ataques á mi honra,
Pues no hay tribunal que juzgue
Á quien lleva una corona.
Dijo; y empujándole
Con brutal saña beoda,
Le hizo rodar al abismo.
Un ¡ay! que sonó por toda
La extension de aquella peña
Fué la despedida sola
Que don Sancho dió á esta vida
Para pasar á la otra.

Expiacion.

Al grito desgarrador,
Presurosos acudieron
Todos los acompañantes
Á do se encontraba Mendo,
Cuya vista extraviada
Y cuyos crispados dedos
Señalaban el abismo
Donde el Rey yacia muerto.
Ante semejante cuadro
De terror enmudecieron,
Y el infante don Ramon
Rompió en llanto tan sincero
Que le ahogaban los sollozos;
Miéntras Jacob y Gimeno
Con diabólica sonrisa
Contemplaban á don Mendo,
Que en su estupor no sabía
Si vivia ó era muerto.
Por fin, una solucion
Pareció tomar resuelto,
Y á su criado llamando,
Así le dijo:—Gimeno,
Como sé que eres leal,
Voy á fiarte un secreto,
Que espero que guardarás.
—Mandad, señor; yo obedezco.

—Pues bien; irás al castillo,
Y á la Condesa el suceso
Le refieres, y le dices
Que voy á extranjero suelo
Á buscar lo que he perdido
Y aquí ya encontrar no puedo;
Que es dueña de su albedrío,
Que mi fortuna le dejo,
Y que este anillo perdido,
Sin duda, se lo devuelvo
Porque con él va la honra
Que mancilló su adulterio,
Y tambien va el testimonio
De mi profundo desprecio.
—Pero señor, ¿estais loco?
¿Qué es eso que estais diciendo?
¡Á la Condesa este anillo,
Que es mio!
—¡Tuyo!
—Este dedo
Mucho tiempo lo ha llevado.
—Lo que dices no comprendo.
—Pues es muy sencillo todo
Y muy fácil de entenderlo.
Este anillo la Condesa
Hará poco más ó ménos
Un año que lo entregó
Al ama que al rapazuelo
Criaba que prohijásteis;
Ella era de buen aspecto
Y que proteccion contaba
De gente de valimiento,

Y á mí me ocurrió pensar
Que podiamos querernos
Y hacer un buen matrimonio;
Le hablé, estuvimos de acuerdo,
Y como prenda de amor
Me dió el anillo.
—¿Estás cierto
De lo que dices?
—Sí tal.
—¿Y el anillo...?
—Este que tengo,
Que esta mañana al limpiar
Las armas del pobre muerto
Dejé olvidado en su estancia.
—Y que yo encontré; y creyendo
Ser una prueba indudable....
¡Dios mio! ¿Qué es lo que he hecho?
Pues si el Rey era inocente
Y le juzgué como reo
De una culpa.... ¿Qué castigo
Por ese crímen merezco?
Si él inocente murió,
Culpable yo, ¿vivir debo?
¡Ah, nó! Su mismo suplicio
Tengo que sufrir. Gimeno,
Vé á decir á la Condesa
Que, abrasado por los celos,
Me hice asesino y traidor;
Mas que al morir hoy, le ruego
Que me perdone por Dios
La infamia á que la condeno.—
Y ántes que nadie pensara

En oponerse á su intento,
Ya su cadáver yacia
En el barranco, deshecho.

CAPÍTULO ÚLTIMO

Epílogo.

Quince dias trascurridos
Iban despues del suceso
De la muerte de don Sancho
Y el suicidio de Mendo,
Y en la plaza de Pamplona,
Del pueblo con gran contento,
Ahorcados por traidores
Eran Jacob y Gimeno:
Y á Navarra se anunciaba
Que, reunido el Consejo,
Compuesto de ricos homes
Y delegados del pueblo,
Para tratar el asunto
De sucesion en el reino,
Todos á una misma voz,
Todos en un mismo acuerdo,
Habian determinado
Rechazar como heredero
De la corona al Infante,
Por indicios casi ciertos
De haber sido él el fautor
Del tan grande desafuero,

Que lloraban los hidalgos
Lo mismo que los plebeyos;
Y atendiendo á que la guerra
Con el moro en grave riesgo
Ponia la integridad
De Navarra, ese Consejo,
Inspirándose en los altos
Cuanto nobles sentimientos
Del patriotismo y la honra,
Habia tambien resuelto
Reconocer por monarca,
Sin perjuicio de los fueros,
Al buen rey Sancho Ramirez,
Que ya de Aragon el cetro
Con gran aplauso empuñaba
De los grandes de su reino.
Y conformes los navarros
Con la opinion del Consejo,
Prestaron pleito homenaje
Á Ramirez sin recelos,
Miéntras Ramon el infante
Pedia amparo indiscreto
Al moro de Zaragoza;
Y aunque éste, muy satisfecho
De tener tan gran cristiano
En su corte, siempre atento
Estuvo con el Infante
Hasta en su menor deseo,
Nunca aliviarle logró
Del tenaz remordimiento;
Á cuyo impulso por fin,
Hallar queriendo el sosiego

De su alma, partió á lidiar
Allá en los campos aquellos
Que un dia fueron testigos
De Sacrosantos Misterios,
Y en donde encontró su tumba
Peleando como bueno.
Aquel hijo de don Sancho
Á Valencia huyó, temiendo
Que el que asesinó á su padre
Hiciera con él lo mesmo;
Y, segun dice la Historia,
Por su valor y ardimiento
Se hizo digno de que el Cid
Le conociera por yerno (1):
Y el fruto de tal union
Vino por raros sucesos
Del noble reino navarro
Á ceñir corona y cetro,
Y es aquel que casi todos
Los navarros conocemos
Por la popular zarzuela
Que se llama *El Molinero*.

FIN

(1) Lafuente, en el tomo IV de su *Historia General de España*, dice que Raimundo, hijo del de Peñalen y de una doncella llamada Jimena, huyó á Valencia, donde casó con una hija del Cid, de la que tuvo á García Ramirez, protagonista en *El Molinero de Subiza*, y que fué reconocido por los navarros cuando se separaron de Aragon á la muerte de Alfonso el *Batallador*.

